

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*La Maravilla de Cataluña*, por D.^a Angela Grassi.—*La Azucena y la Violeta* (poesía), por D.^a Josefa Crespo.—*Amor y coquetismo* (conclusion), por D.^a Micaela de Silva.—*Por la hebra se saca el ovillo*, por D.^a Camila Avilés.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 844.—*Grabado de Labores*, núm. 60.

REVISTA DE MADRID.



L Carnival llegó á las puertas de la coronada Villa, y con el Carnival llegó tambien el frenesí de las fiestas y de la broma.

La mayor parte de nuestras antiguas costumbres populares empezaron á presentarse á nuestro alrededor en ráfagas caprichosas, mejor dicho, con mas ó menos carácter, con mas ó menos animacion; el público siempre tiene ganas de divertirse; sigue ó no sigue el curso del espectáculo, pero hace constantemente exposicion de buen humor, y jamás vuelve las espaldas á la bulla y á la algazara.

Las máscaras esta vez han aparecido en grandes oleadas. El Carnival ha debutado con una gran ovacion, y las calles mas céntricas y el Salon del Prado han sido estrechos para contener el inmenso oleaje de la revuelta multitud.

El sol se sonreía. No ha pretendido disfrazarse con el antifaz de las nubes, y ha presenciado el espectáculo. ¿Quién se detenía?

Un muro de carton en el semblante, y os habreis colocado un epitafio que dice lo siguiente: *Aquí yace un rostro*. Estais autorizados para correr, saltar, acercarse á todo el mundo, tutear á las personas mas graves, y pasar y repasar como pasa una sombra, como pasa el aire, como rueda una ola sobre la inmensa superficie del mar. Nadie os conoce. Os envolveis en el misterio terrible de una careta, y desde ese momento apareceis á nuestros ojos como un enigma. El Carnival es muy reservado. Cada máscara es un secreto.

La diversion, como siempre, ha consistido en máscaras y mascaradas. ¿Qué diremos de las primeras?

Aquí la variedad es infinita. Para cada traje hay un capricho, de cualquier cosa puede hacerse un sombrero. En estos vestidos todos los sastres son á propósito. Recojed un

poco de papel y brotará una levita. Una sábana es un traje. Así es que al hablar de las máscaras puede reducirse todo á lo siguiente: «Animadísimo coro de adefesios improvisados que han hecho el oso con mas ó menos gracia.»

En cuanto á las mascaradas ya es otra cosa, desde la pintoresca y alegre estudiantina hasta el pasaje histórico que puede simbolizarse en un ingenioso grupo, la mascarada, cuando la constituyen encantadoras artistas, como son muchas de las damas mas distinguidas de la buena sociedad madrileña, es siempre original y llama en todas partes la atencion del público.

Digalo sino la que tanto entusiasmo ha producido en el Salon del Prado las últimas tardes de Carnival, y que representaba la *Carreta de las cortes de la muerte* de que nos habla el inmortal autor del *Quijote*. Quizá nuestra curiosidad haya triunfado, y las elegantes damas y los jóvenes que componian el chistosísimo grupo no hayan sido para nosotros un problema difícil de resolver.

Todos los años entre las mascaradas que mas han llamado la atencion por su buen gusto y graciosos disfraces han sobresalido algunas dispuestas por damas de tan delicado ingenio como donosa travesura. ¡Ellas habian de ser! ¡Ellas que lo mismo saben arrebatar *sin disfraz* á sus entusiastas admiradores con la magia de su talento, como sobresalir por su ingenio cuando se ponen la careta.

Fuera de esta mascarada, nada notable nos ha ofrecido el pasado Carnival, á excepcion de la Caridad, que disfranzándose bajo la seductora forma de un gran baile, fiesta verificada con los auxilios y los desvelos de las señoras que componen la Real Asociacion de Beneficencia domiciliaria, ha realizado un sueño de las *Mil y Una noches* en el piso bajo del magnífico edificio que el Duque de Granada posee en la Cuesta de Santo Domingo.

Lo mas escogido del gran mundo se habia dado cita para aquellos suntuosos salones, ricamente adornados por los Condes del Real, que se brindaron generosamente á convertirlos en una mansión encantadora, contribuyendo de este modo á realizar la filantrópica idea de las ilustres damas, que tanto se complacen en llevar á la morada del desvalido el alivio y el consuelo.

Desde el jardin que escondía en su perfumado follaje esas estrellas venecianas, en cuyos caprichosos colores casi puede decirse que se ven esparcidos los reflejos del fris, hasta el fantástico patio morisco, donde sonreía un génio puramente oriental, y donde se conservan aun los retratos de los antiguos Duques de Granada, aquellos salones eran una verdadera maravilla.

Benditas sean esas fiestas, cuando á través de aquellas joyas, de aquellos encantos y de aquellas mujeres celestiales,

sonríe la caridad como un ángel descendido del cielo.

Muchas, infinitas eran las damas que cruzaban por aquellos salones. Nombrarlas á todas, sería tan difícil como contar las estrellas del cielo. ¿Pero quién puede resistir á la tentación de revelar á las bellas lectoras de EL CORREO los nombres siquiera de la condesita de Guaquí, de la Duquesa de Malakof, de la Condesa de Fuenrubia y de las señoras y señoritas de Michéo, de Rábago, de Bisso, de Andilla, de Azcárate, de Alaminos, de Escobar, de Echevarría, de Olazábal, y de tantas otras que brillaban en aquel paraíso, verdadero sueño realizado de los poetas ó de los árabes?

Otro baile se anuncia para la próxima Pascua de Resurrección. Presídale también la Caridad como al primero, y el recuerdo de esas fiestas vivirá siempre escondido en todos los buenos corazones.

A. F. GRILO.

INSTRUCCION.

LA MARAVILLA DE CATALUÑA.

¿Quién no conoce el nombre ilustre de Juliana Morell, gloria y orgullo de la hermosa Barcelona? ¿Quién no ha sentido palpar su corazón de entusiasmo, al oír las justas alabanzas que se prodigan á su génio peregrino, no solamente en España, sino en toda Europa, en donde es objeto de un verdadero y apasionado culto.

Juliana Morell es célebre, tanto por su preclaro talento, como por su maravillosa erudición, y su memoria vivirá mientras vivan las artes y las letras, que cultivó con idólatra entusiasmo.

El día 16 de Febrero de 1594, fué el día feliz en que las auras de Barcelona recojieron sus primeros vagidos, y el sol iluminó por la vez primera sus pupilas.

Debía el sér á Juan Antonio Morell, rico hacendado, de noble y elevada alcurnia, y á Eulalia Sanpons, dama de singular belleza y virtudes singulares.

Juliana nació en la opulencia, y creció entre halagos, besos y sonrisas.

A pesar de esto, su génio sério y meditabundo la inclinó al estudio desde su edad mas temprana, y sabía leer y escribir muy bien en la época en que los otros niños empiezan á balbucear palabras incoherentes.

Mas tarde, aprendió casi por juego catorce lenguas entre antiguas y modernas, y además la filosofía, la teología, la jurisprudencia y la música, en cuya composición sobresalió tanto por la belleza del estilo, como por la originalidad de las ideas.

Quizás la edad juvenil con sus goces voluptuosos, hubiera podido distraer á Juliana de sus estudios, como sucede con frecuencia; pero la desgracia se encargó muy pronto de dar á su espíritu aquel necesario bautismo de lá-

grimas, que disgustándole de los placeres mundanos, le obligó á buscar un refugio en los libros: santos y buenos amigos que desconocen el dolo y la perfidia.

Los ecos de su casa, que solo reproducían cantos, risas y algazara, enmudecieron de repente, dejando escapar nada mas que lúgubres ayes y suspiros dolorosos.

De repente Juliana vió que su madre lloraba y sucumbía bajo el peso de sus sufrimientos, vió que su padre, con semblante hosco y bruscos ademanes no respondía á sus preguntas solícitas y cariñosas.

Observó también la dulce niña, que su padrino, honrado militar que habia conquistado mil laureles en el campo de batalla, ya no venia á verla los domingos, trayendo consigo á su esposa y á sus tres hijos pequeñuelos.

Un día halló en la calle á los tres niños, y sorprendiéndola sus trajes de luto, les preguntó la causa.

—Pregúntaselo á tu padre, dijo una mujer que los seguía, vestida también de luto.

Juliana se lo preguntó en efecto á su padre, y fué tal el trastorno que éste experimentó al oírla, que casi perdió el uso de los sentidos, y cuando la niña quiso referir á su madre el extraño caso, su madre prorumpió en llanto, y se agravó de tal modo su enfermedad, que á los pocos días bajó á la tumba.

¿Qué es lo que habia sucedido en aquella casa, antes tan alegre y tan tranquila?

Hé aquí la extraña historia que circulaba de boca en boca, llenando de asombro á los pacíficos y honrados habitantes de Barcelona.

Juan Morell, de pasiones arrebatadas y fogosas, amaba con delirio á su dulce compañera. Un envidioso de su dicha, un falso amigo, tuvo arte para infundirle sospechas contra ella, designando como á su rival al valiente militar, que era á su vez esposo y padre de muchos hijos. Falsa y destituida de todo fundamento era la acusación, pero el perverso

amigo supo aprovecharse tan bien de mil circunstancias inocentes y fortuitas, y la malignidad pública secundó tan bien sus infames miras, que cuando Morell descubrió la vil calumnia ya había teñido sus manos en la sangre del infeliz militar, y ya su esposa, no pudiendo sobreponerse á sus quebrantos, dormía en la sepultura el tranquilo sueño de los justos.

Todo esto no eran mas que sospechas, comentadas y propaladas por el vulgo, pues se había hallado á la víctima con el pecho traspasado fuera de las puertas de la ciudad, aunque con señales evidentes de no haber sido muerto á traición, sino en un duelo legal, y cuerpo á cuerpo.

Quizás las sospechas no hubieran pasado nunca á ser acusaciones, si la viuda que quedaba sin apoyo y con tres hijos menores, á quienes educar á espensas de su trabajo, no hubiese recurrido á los tribunales pidiendo que se formase causa á su enemigo y se juzgasen sus hechos.

Morell, así que lo supo, huyó á Francia con su hija, y se refugió en Lyon, adonde, previendo cuanto podía sucederle, había hecho ya pasar la mayor parte de sus riquezas.

Esto sucedía en 1606, y Juliana apenas contaba doce años.

La tristeza y los remordimientos perseguían sin cesar al desdichado Morell, y creyendo leer en cada mirada un reproche, y oír en cada palabra una acusación, vivía sumamente retirado, no teniendo mas consuelo que su hija.

Ésta, en parte por obedecer á su génio, en parte por complacer á su padre y distraerle de sus negros pensamientos, cuya causa sabía muy bien, aunque él creía que la ignoraba, se dedicó con nuevo afán al estudio.

Un año después, sostuvo en Lyon tesis ó conclusiones públicas en hebreo, en griego y en latín, con singular asombro de los circunstantes, y habiendo dedicado estos trabajos á Margarita de Austria, Reina de España, tuvo el placer de que tan augusta señora la colmase de elogios y presentes.

En 1608, esto es, cuando apenas acababa de cumplir los catorce años, recibió el grado de Doctora en filosofía, en la ciudad de Aviñón, honor tan pocas veces concedido á nuestro sexo, y que es por lo mismo digna recompensa del mérito verdadero. Desde entonces creció inmensamente su fama; de todas partes acudían á ver á la niña prodigiosa, y muchos hombres ilustres, encanecidos en el estudio, tuvieron que bajar la cabeza ante su saber, y confesarse vencidos por sus raciocinios claros y luminosos.

El carácter francés es naturalmente apasionado y entusiasta, y nunca mujer alguna recogió una cosecha tan abundante de plácemes y laureles.

Es verdad que también contribuía á aumentar el entusiasmo su modestia, su dulzura, su tímido retraimiento, y la espresión de tristeza y santa conformidad que embellecía su semblante, no hermoso, pero sí agraciado.

Todos los jóvenes de Aviñón la admiraban; uno la amó. Llamábase Guillermo Morán. Era bello, virtuoso, de noble estirpe, pero pobre.

Juan Morell adivinó el amor que profesaba á su hija, vió que ésta le correspondía con igual ternura, y sintiéndose cada vez mas débil y achacoso, mas agobiado bajo el

peso de sus remordimientos, llamóles á ambos un día, juntó sus manos y los bendijo, dándoles el dulce título de esposos.

—Guillermo, añadió, dirigiéndose al jóven; tú eres pobre, rica es Juliana, pero el amor iguala las fortunas, y tan dichoso es el que dá como el que recibe.

Juliana no respondió; su mano temblaba dentro de las de Guillermo, y su emoción fué tan violenta, que cayó sin sentido en los brazos de su padre.

Cuando volvió en sí, prorumpió en amarguísimos sollozos, y lloró largo tiempo, sin que nadie se atreviese á preguntarle la causa de tamaño desconsuelo.

Por fin pudo dominar su emoción.

—Guillermo, dijo con solemne tono; ¿os ofenderíais de que yo os dejase por Dios y fuese esposa de Jesucristo?

Los circunstantes enmudecieron, llenos de angustia y de sorpresa.

—Os amo, repuso Juliana; Dios sabe muy bien cuánto os amo; Dios sabe que consagraré mi existencia á rogar por por vuestra dicha; pero otro es mi destino, por otras muy santas vías me conduce la voz interior de mi conciencia. Quiero ser religiosa: dadme vuestro beneplácito, dulce padre mío.

En vano éste quiso oponerse á tan estraña determinación, cuya verdadera y noble causa estaba muy lejos de sospechar; en vano Guillermo suplicó, pintándola con elocuencia los goces inefables de un amor correspondido; Juliana se mantuvo firme en su propósito, y en 1610, á los diez y seis años de edad, cuando el amor, la gloria, los placeres, la brindaban todas sus delicias, tomó el velo en Santa Práxedes, delante de una escogida concurrencia, que había acudido de todas partes, deseando presenciar aquella profesion estraña y misteriosa.

Juliana se mostró tranquila y resignada mientras se efectuaba la tierna ceremonia; pero cuando llegó el momento de despedirse de su padre, puso en las manos de éste un documento redactado por ella misma.

—Es mi última voluntad, le dijo en voz baja. Supérfluas son en el claustro las riquezas, é instituyo como herederos universales de cuanto me pertenece y pueda pertenecerme algun día, á los hijos de mi padrino, que gimen en la miseria y el desamparo. Alentad, padre mío; estoy segura de que mi voluntario sacrificio será grato á los ojos del Eterno, y de que mis preces ardientes é incesantes, alcanzarán el perdón de nuestros desaciertos. Consolad á Guillermo, y amadle como á un hijo: yo también le amo y le bendigo.

No dijo mas: besó las manos de su padre, trémulo y avergonzado, y se lanzó en el claustro, cuyas puertas jamás debían volverse á abrir para ella.

Murió el 26 de Junio de 1663, á los sesenta y nueve años de edad, dejando escritas muchas y muy preciadas obras; pero si es espléndida é inmortal la corona que por su mérito alcanzó en el mundo, mas inmarcesible, mas bella, será la corona que ostente en el cielo, debida á su noble sacrificio y á las tiernas virtudes de su alma.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA AZUCENA Y LA VIOLETA.

A mi querida amiga la señorita D.^a DOLORES SANCHEZ.

Azucena que viertes
Copioso llanto,
Cuéntame tus secretos,
¿Vives amando?

¡Pobre Azucena,
¿Cuáles son tus dolores,
Cuáles tus penas?

Si eres de la inocencia
Símbolo bello,
Porque muriendo vives
Mirando al cielo.

Si flor mas pura
No acarician las auras
En la espesura.

De este lago á la orilla
Crece lozana,
Reflejando tu imagen
Sobre las aguas.

Alza tu frente,
Que el céfiro suave
Blando la bese.

La delicada aurora
Perlas te envía,
Cuando vierte en los campos
Su argentería.

Ella es tu hermana,
Y por eso tú lloras
Con la mañana.

Cuando alegre sonrie
La primavera,
Te proclaman la diosa
De las praderas.

Todas las flores;
Amorosas te rinden
Tiernos loores;

Pero plegas humilde
Tu cáliz bello,
Y tímida murmuras
Mirando al cielo:

—Ay! quién modesta,
Ignorada viviese
Cual la Violeta;—

Y la Violeta entonces
Que la escuchaba,
Embalsamando el aire
Con su fragancia,

Alzóse inquieta,
Y mirándola dijo
Desde la yerba:

—Si yo por la modestia
Vivo escudada,
Tú eres del candor bello
La soberana:

Nada, Azucena,
Puede igualarse nunca
Con la pureza;—

Mas, ¡ay! vino la tarde;
Las mariposas
Iban libando flores
Con ansia loca,

Y una muy blanca
Libó de la azucena
Dulce fragancia.

Remontóse atrevida
Por los espacios,
Entre la tinta roja
Que tiñe ocaso,

Y es que en su vuelo
El alma de las flores
Llevó á los cielos.

Tú, querida Dolores,
Guardas modesta
El aroma precioso
De la Violeta,

Porque tu alma
Es cual ella sencilla,
Cual ella casta.

Son tus ojos la copia
De las estrellas,
Tu tez es la blancura
De la Azucena;

Todo tu encanto
Imita lo divino,
Lo noble y santo.

Guardas la flor hermosa
De la pureza,
Y en su nítido cáliz
Su aroma encierras;

Guárdala ufana,
Que esas hojas de nieve
Todo las mancha;

Sigue siendo modelo,
Dolores mía,
De las flores hermosas
De mi poesia;

Porque su premio
Lo encuentran esas flores
Allá en el cielo.

JOSEFA CRESPO.

AMOR Y COQUETISMO.

(CONCLUSION.)

Dios os libre de un pesar, dije yo entre mí: la conferencia que me habia pedido Leopoldo me daba mala espina!

Cuando volví de mi expedición, acudí á la cita. Encontré á Leopoldo mas tranquilo de lo que imaginaba, sabiendo, poco mas ó menos, lo que tendria que decirme.

Pasados los saludos y preguntas de ordenanza, Leopoldo abrió el pupitre, y sacando un papel, me le presentó diciéndome: En esta carta se me anuncia el fallecimiento de un pariente bastante lejano, á quien hereda mi primo el Conde. A mí me lega en su testamento un millon de reales.

—¡Cáspita; el legado no es flojo! exclamé yo, que no aguardaba tal incidente.

—Me ha cogido de sorpresa, dijo Leopoldo, y si me alegro es por Clotilde.

Comprendí su delicadeza; esta era la causa de que no hablase de romper ó dilatar un casamiento en el cual veia yo el origen de su felicidad. Confieso que me costó mucho trabajo decirle: ¿No me dijiste la otra noche que deseabas hablarme á solas?

—Sí, es cierto, queria consultar un negocio, pero ya he desistido, y me pesa el haberos molestado.

—Leopoldo, le dije, sin atreverme á insistir; ahora y siempre, háblame con la franqueza que tendrias con tu padre. Soy tu mejor amigo.

—Ya lo sé, repuso, tendiéndome la mano.

En la mesa me habló largamente de los preparativos de la boda. Convinimos en que se celebraria en una posesion que mi hermana tenia cerca de Aranjuez, y sin mas testigos que los necesarios. Mi hermana se convino en el arreglo sin hacer objecion ninguna, cosa que me pareció muy estraña en su carácter.

Clotilde me decia poco despues. Tío, ¡qué contenta estoy! Algunos pensarán que me caso mas á gusto ahora porque Leopoldo es rico, y es todo al contrario; no le quiero menos, pero si pudiera quererle mas, seria cuando le viese pobre y desgraciado.

Detúvose avergonzada de su ingenuidad, miróme, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué tienes? la pregunté.

—Miedo, tío; es una bobada, lo conozco, pero me asusta el exceso de mi felicidad. Temo perderla.

—Tranquilízate, niña, somos tres á velar por ella. No tardarás ocho dias en asegurarla casándote con Leopoldo.

—¡Ah! sí, y entonces la muerte solo podrá separarnos!

Aquella misma tarde salimos de Madrid para las orillas del Tajo. Leopoldo nos acompañó hasta la quinta; en ella pasaba los dias, y por las noches alojábase en la fonda de Aranjuez. Mostrábase complacido y obsequioso, sin manifestar deseos de volver á Madrid.

Los ocho dias pasaron en un vuelo. En el señalado para la boda, dejé á Clotilde y á su abuela muy ocupadas con los preparativos del tocador, y fuíme á buscar al novio, de quien era padrino.

Halléle tan triste, tan pálido y abatido, que sentí remordimientos por no haberle invitado á que se franquease conmigo, pero ya era tarde para volverse atrás, y en silencio aguardé á que me dijera, ¡vamos!

El dia estaba hermoso; el frio de la tarde pareció reanimar á Leopoldo, que al llegar á la quinta mostraba un rostro sereno. Nunca su figura me habia parecido tan noble é interesante.

Mi hermana nos salió al encuentro, y nos condujo á su cuarto para que viéramos á Clotilde, que por cierto estaba monísima con su blanco y ligero vestido de tul, su corona de azahar, y su flotante velo de jóven desposada.

La presencia de aquel ángel debia desvanecer los malos pensamientos; los ojos de Leopoldo se fijaron en la dulce niña, saludándola con la sonrisa en los labios y la paz en el alma; seguro estoy de que, por lo menos en aquel momento, habia olvidado su loco amor á una coqueta.

—«El salon nos aguarda,» dijo mi hermana con un tonillo algo misterioso.

—¿Para qué necesitamos ir al salon? pregunté yo con prontitud. ¿Acaso no cabemos en esta pieza?

—Cabríamos de sobra, respondiome, si hubiera hecho caso de vosotros, pero no todo el que calla otorga, y la prueba es que mis convidados nos aguardan en el salon.

Este se hallaba lujosamente adornado, y lleno de luces y flores, cogidas en la estufa. Treinta ó cuarenta personas habian acudido desde la corte á presenciar la ceremonia. La primera que se adelantó á saludarnos fué Mad. de Merville.

—Es una sorpresa que os tenia preparada, dijo mi dichosa hermana, muy satisfecha de su obra.

Leopoldo tuvo que apoyarse para no dar consigo en tierra. Estaba pálido como un espectro, mudo como una estatua.

—¡Valor! le dijo rápidamente la francesa. ¡Valor, amigo mio!

—¡Ay de mí! respondió el jóven con voz quebrantada; ¡soy un miserable; os amo, señora, os amo locamente!

La francesa le miró con finjido asombro, y una sonrisa de triunfo vagó instantáneamente por sus labios: la imprudente vanidad, el abominable coquetismo de aquella mujer, habia conseguido lo que deseaba.

Por fortuna, Clotilde no se hallaba en el salon; habia retrocedido en busca de su libro de oraciones, y no tardó en entrar, pálida como los capullos del azahar que adornaban su blonda cabellera. Yo atribuí su palidez á la emocion que todos sentimos en circunstancias decisivas, en los momentos que preceden á las grandes resoluciones.

Dióse principio á la ceremonia; pero, ¿cuál seria nuestra sorpresa, cuando en vez del sí que aguardábamos, oímos á Clotilde un no, pronunciado claramente.

—¡Santo Dios! exclamó su abuela fuera de sí. ¿Estás loca, hija mia?

—Tranquilizáos, señora; esto es efecto de la turbacion, dijo Leopoldo serenamente.

—¡Ah! no, miradla, miradla, exclamó mi hermana tendiendo los brazos á su nieta, cuyo rostro se hallaba horriblemente demudado; ¡se muere, mi hija se nos muere! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia tan horrible!

—Por favor, madre mía, tranquilizáos, esto se pasará, es un vahido, decía Leopoldo temblando, y sin saber lo que le pasaba.

Todos estábamos consternados; hasta la francesa mostrábase como aterrada y pesarosa.

Clotilde iba empeorando; fué preciso llevarla en brazos hasta el lecho. Sufrió horribles convulsiones. Cuando estas se calmaron un poco, llamé aparte á Leopoldo. En nombre del cielo, le dije, hálame con franqueza. ¿Qué has dicho á esa pobre niña?

—Nada, me respondió con el acento del dolor y de la sinceridad; nada, os lo juro por mi honor.

—Entonces ha sido Mad. de Merville.

—Tampoco, repuso el jóven con viveza; estoy seguro de que Mad. de Merville no la ha dicho una palabra.

—En ese caso, Clotilde ha perdido el juicio. ¡Santo Dios, qué desgracia para nosotros! Es decir, para tí no; esa desgracia te libra de un compromiso.

—El dolor os disculpa; estais ofendiéndome, señor. No porque se haya retardado el casamiento dejará de llevarse á cabo.

—Eso jamás, exclamé con fuerza. ¡Jamás! desde ahora quedas libre, sin que por eso dejemos de ser amigos.

Mad. de Merville, con el honroso pretexto de avisar al médico se había escurrido bonitamente. Los demás convidados no tardaron en seguirla; Leopoldo quiso quedarse acompañándonos, pero mi hermana se opuso, y el jóven se retiró llorando. Aquella noche mandó de hora en hora á pedir noticias del estado en que seguía la enferma.

Ésta, despues que cesaron las convulsiones, se había dormido profundamente. Mi hermana y yo la velamos, en toda la noche se movió; nunca he visto sueño mas parecido á la muerte.

Por la mañana llegó el médico venido de Madrid, examinó detenidamente las pupilas de la enferma, informóse uno por uno de los síntomas que habían precedido á la postracion. Aplicó el oído á su boca y movió la cabeza con aire de disgusto; yo espiaba sus menores gestos, hízome uno para que le siguiese á la pieza inmediata.

—¿Qué hay? le pregunté con ansiedad y miedo de oír la respuesta.

—Que se necesita convencer á la señora Condesa de que debe irse á descansar.

—Pero, ¡Dios mío! ¿temeis acaso alguna catástrofe? ¿Hay peligro de muerte para esa pobre niña? ¿Qué mal tiene?

—Una congestion cerebral. Apuraremos los recursos de la ciencia. Pero, ¿á qué ocultarlo? Temo que no alcancen á salvarla. Sois hombre y tendreis valor para soportar la desgracia, pero esa pobre señora no debe presenciar la escena que puede sobrevenir.

En vano quisimos engañarla, su corazon de madre presentia el peligro, y la sacamos de allí accidentada y casi moribunda.

Mad. de Merville nos mandó un parte telegráfico preguntando cómo seguía Clotilde.

—Agonizando como su abuela... Contestadla eso, dije con indignacion; si esa mujer tuviera corazon, esta respuesta la mataría.

Otro recado vino de la fonda de Aranjuez, Leopoldo se hallaba enfermo de gravedad.

Solo mi naturaleza de hierro pudo resistir á tan repetidos golpes.

¡Qué tres dias pasé junto á mi hermana y mi sobrina!! Ésta no daba señales de vida. Clotilde, ¿me oyes? solia preguntarla de vez en cuando.

—Escusado es hablarla, me dijo el médico. ¡Pobre niña! Casi se puede asegurar que ha muerto ya; su memoria, su entendimiento, sus mas nobles facultades, no existen. ¿Cómo reanimar esa materia inerte?

—Clotilde, hija mía. No quieres ver á Leopoldo, dije yo asiéndome á una postrera esperanza.

Parecióme notar un ligerísimo estremecimiento en la mano que tenía cojida, sus párpados quisieron entreabrirse, y una especie de ronquido salió de su pecho.

—Por Dios, caballero, exclamó el doctor. Mirad que la estais matando.

Pocos momentos antes de morir, Clotilde pareció recobrar la memoria. Llevóse las dos manos á la frente, y murmuró: ¡Dios mío, cuánto sufro! Soy un miserable, os amo, señora, os amo locamente.

Yo solo comprendí el sentido de aquellas palabras, y ni á Leopoldo quise repetirlas. ¿A qué afligirle y aumentar sus remordimientos?

¡Pobre Clotilde! ¡Tú le hubieras ahorrado cualquier sentimiento, tú le hubieras perdonado como yo le perdóné! ¡Harto desgracia es no haber comprendido lo que valia un amor como el tuyo!

Mi sobrina cesó de sufrir; siguióla en breve mi hermana. No tuve suficiente valor para ver á Leopoldo que había entrado en convalecencia, y partí á Francia con el corazon destrozado.

A mi vuelta supe que Mad. de Merville se había casado con el Condesito de las mejillas sonrosadas.

¡Pobre Leopoldo! Había jugado con su corazon, habíale finjado amor entreteniéndole hasta ver si el Conde millonario volvía con el empeño de hacerla Condesa. No la fué difícil renovar el capricho de aquel mentecato, y entonces, de buenas á primeras, anunció á su amante que se casaba con el Conde.

Leopoldo vino á verme, y á su vista se desvaneció mi resentimiento; abríle los brazos, y cayó en ellos llorando como un niño. En pocos dias había envejecido, estaba pálido, demacrado y ojoso.

Contóme sus penas. No podeis imaginarlo que me ha hecho sufrir esa mujer, me dijo. Mil veces la oisteis declamar contra los casamientos de conveniencia? Pues bien, al anunciarme que se casaba con mi primo, loco de celos, la pregunté: ¿luego le amais?

—No por cierto, me contestó, pero me caso porque me conviene para marido.

—¿Y sois vos, la pregunté con amargura, la que no comprendia los casamientos sin amor?

—Cuando no se hacen por ambicion, me contestó con la mayor desfatachez.

Salí de su casa desesperado y resuelto á no volver á mirarla, pero esa mujer me ha hechizado, y á pesar de su perfidia, confieso que la idolatro. Que daría mi sangre toda

por oír de sus labios una palabra de amor, aunque fuese mentida.

¡Pobre Clotilde mía! exclamé yo sin poderlo remediar. ¡Harto vengada estás!

¡Pobre ángel mío! añadió Leopoldo alzando los ojos al cielo. ¡No tardaremos en reunirnos!

El tono con que dijo estas palabras me hizo estremecer.

—¿Pensarás en darte la muerte? preguntéle horrorizado.

—No por cierto, me contestó. No he olvidado hasta ese punto que soy cristiano y hombre de honor. Pero el serlo no me impide el ir á buscar una muerte honrosa en el campo de batalla, y dentro de pocos días iré á reunirme con las tropas que parten á la guerra de Africa. Allí podré morir con gloria, y á lo menos conseguiré que la ingrata me lllore al saber que ha sido la causa de mi muerte...

—¡Ay! ¡ay! Leopoldo, exclamé al oírle, ya veo que estás loco, y loco de remate. Las coquetas sin corazón cuentan con orgullo el número de sus víctimas, pero no las lloran.

¿Qué mas os diré, lectoras mías? Que Leopoldo ha regresado de Africa cubierto de condecoraciones, que su amistad es el consuelo de mis postreros días, que no se ha casado por miedo de no hallar en otra mujer el amor de Clotilde, cuya memoria le inspira tanto interés, como desprecio siente hácia el coquetismo y la bajeza de Beatriz; y por último, que no sabemos quién está mas arrepentido de haberse casado, si el Conde ó su mujer, á quien hace pagar muy caro su título de Condesa.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

POR LA HEBRA SE SACA EL OVILLO.

Hace muchos años vivía en Bagdad un mercader llamado Alí; hombre probo, pero que allá en sus mocedades había corrido la ceca y la Meca, observando á los hombres y aprendiendo á conocer las tretas y ardidés de que los pícaros se valen para engañar á los hombres honrados y sencillos; este conocimiento le fué muy útil para no dejarse nunca engañar.

Se había establecido en la mencionada villa, y tenía en el público Bazar una tienda de sederías. El Bazar tenía sus guardas ó porteros que custodiaban las tiendas, que por la noche se cerraban, y sus dueños por lo regular se iban á dormir á sus casas.

Una noche, á la hora en que los porteros se recogían, llamó á la puerta del Bazar un hombre tan perfectamente disfrazado con un traje idéntico al de nuestro mercader, que cualquiera le hubiera tomado por él mismo. Era su porte, su modo de andar, su mismo manejo de llaves, y hasta su metal de voz: «Toma esa lámpara y tráemela encendida, dijo al portero con mucha flemma, necesito repasar unas cuentas, y tal vez no despache hasta el amanecer.»

Dicho esto, metió la llave en la cerradura y quedóse á

la puerta esperando la luz. Al tomarla de manos del portero, cuidó mucho de que no le diera la luz en el rostro, metióse dentro de la tienda, sentóse junto al mostrador, y comenzó á hojear los libros en que Alí apuntaba las salidas y entradas de sus géneros.

Antes de que amaneciera llamó al portero, y le dijo:—El mozo que tengo á mi servicio está enfermo, búscame uno de tu confianza, porque necesito llevarme algunos fardos, dile al mozo que no se venga sin un buen lio de cordeles, pues aquí no los tengo para liar la carga.

Hizo el guarda su mandado, cargó el mozo con los fardos que le designó el falso mercader, y éste alargó al portero un caquí de oro, diciéndole: «Ya que por mi causa no has dormido esta noche toma para que almuerces con tu familia.» Dicho lo cual partió tras el mozo sin aguardar á que le diera el otro las gracias.

A la hora de costumbre acudió el verdadero Alí, y quedóse no poco sorprendido al oír al portero que haciéndole mil zalamerías decía:—Gracias á la propina que me disteis esta madrugada, mi mujer, mis hijos y yo hemos almorzado grandemente. ¡Alá os dé mucha prosperidad en esta vida, y en la otra os lleve al paraíso de Mahoma!

—¿Qué significa este alud de gracias y bendiciones? se preguntó á sí mismo el mercader, que no las tenía todas consigo, mas no dió señal ninguna de sobresalto, y sin decir esta boca es mía, metió su llave dentro de la cerradura, y apenas abrió la puerta echó de ver que había sido robado. En vez de alborotarse, lo que hizo fué llamar al portero y preguntarle con mucha calma:

—¿Quién ha sacado de aquí los fardos esta mañana?

—¡Cómo! exclamó el portero sorprendido, ¿se os ha olvidado ya que vino el mozo á lleváaroslos? ¿No fuisteis vos tras él?

—Bien, hombre, ya sé que vino el mozo, pero el mío está enfermo, y no conozco bien al que vino esta mañana; necesito que venga. ¿Quieres ir á llamarle?

—¡Volando!... repuso el portero, acordándose de la propina, y deseoso de ganar otra para la cena.

Mozo y portero se presentaron juntos, y Alí, llamando al primero, le dijo: ¿Te acuerdas de dónde fuimos esta mañana con los fardos que saqué de aquí?

—Sí señor; ¿no me tengo de acordar? repuso el mozo prontamente; los dejamos dentro de la barca.

—¡Ya! repuso Alí sonriendo. Pero es el caso, que como las barcas son muchas, y no era de día claro, estoy medio confuso, y quisiera que me acompañaras al embarcadero, porque tú conocerás al dueño de la barca.

—¡Y tanto como lo conozco! sí señor, y ahora mismo, si gustais, os puedo acompañar.

—Ea, pues vamos allá. Y en efecto, los dos se dirigieron á las márgenes del Tígris, y hallaron al barquero desocupado. Alí entró en la barca, y dijo al mozo:—Ya puedes irte.

—Esta mañana, dijo al buen hombre, que le miraba como si quisiera conocerle, llevaste á mi hermano, que conducía unos fardos de tales y tales señas. Llévame al sitio en donde los desembarcaste. Necesito ver á mi hermano.

—¡Qué se os parece mucho! exclamó el barquero disponiéndose á remar hácia la opuesta orilla.

—Supongo, añadió Alf, que conocerás al mozo que los vendría á recojer y llevar adonde mi hermano iba?

—Sí por cierto, y es probable que ya esté de vuelta en su puesto.

Llegados á la orilla opuesta, el mozo estaba esperando carga, y Alf, sin andarse con preguntas ni rodeos, le dijo: —Acompáñame hasta el depósito en que dejaste los fardos que mi hermano trajo en esa barca.

El mozo, sin hacerse de rogar, llevóle hasta un edificio no lejano, cuya puerta encontraron cerrada. Este contratiempo no detuvo mucho rato las pesquisas de Alf; el ladrón, que aún conservaba su disfraz, abrió la puerta para salir, y hallóse frente á frente con el robado, que con la mayor sangre fría le dijo: —«Vengo á recojer los fardos que sacaste del Bazar esta mañana.»

El ladrón, aturdido, acobardado al verse descubierto, no pensó en oponer resistencia, y hasta se vió precisado á ayudar al mozo para que cargara los efectos robados. Los tres se dirigieron hácia la barca, pues Alf, al salir del edificio, cedió el paso al ratero diciéndole: camina tú delante.

Hízose el reembarque de los fardos, y Alf entonces arrojó desde la barca el lio de los cordeles, gritando: «A cada uno lo suyo, hermano; esas cuerdas no son mías, y puedes llevártelas.»

El burlado malandrín cargó con las cuerdas, y saludando al mercader exclamó desde la orilla: «No se puede negar que te has portado como un hombre que sabe vivir.»

Mientras el otro iba diciendo entre sí: «Bien dicen que por la hebra se saca el ovillo.» (Arreglo.)

CAMILA AVILÉS.

LABORES.

El primer modelo que ostenta nuestro grabado, es para guarnición de enagua, dando con ella el medio de utilizar alguno de los infinitos bordados á punto ruso y méjico que ofrece de continuo nuestro pliego de dibujos. Para el modelo que nos ocupa, se borda en un volante con encarnado ó negro una cenefa estrecha de dichos puntos, y de trecho en trecho una flor suelta: al montar el volante se hacen entre flor y flor tres tablas, y sobre la pegadura una jaretita para ocultarla, y otras dos mas altas, repitiendo entre ellas dos órdenes de la misma cenefa que lleva el volante, y que como todas las de esta clase de bordado, se ejecutan con extraordinaria rapidez.

El cuadro de *crochet* que ocupa el segundo lugar, imita con perfección al encaje, y puede destinarse, uniéndole á otros semejantes ó de bordado, para cubiertas de sillón, edredones, etc. Por su dibujo claro y elegante, puede destinarse también á cofias, acericos y demás objetos delicados, en competencia con el encaje.

Por el contrario de otros en que las rosas ó estrellas se hacen separadas para unir las luego; en este se pasa de unas á otras sin cortar la hebra, razón por la cual no aconsejamos esta labor sino á aquellas señoras que tengan gran práctica en labores de *crochet*, y aún así, teniendo el dibujo á la vista.

Principiase por la roseta del centro con cinco puntos dobles, que se cierran en círculo, y sobre ellos se ejecutan tres vueltas de puntos dobles, haciendo los crecidos correspondientes para que resulte estirada la labor: terminadas estas tres, se hace la

4.^a vuelta.—*6 ps. s. de cadeneta, 1 bar., dejando tres puntos de la vuelta anterior, 6 ps. s., 3 ps. d., dejando otros tres por medio de la vuelta anterior,* y se repite tres veces de señal á señal, lo que dará cuatro grandes festones en la roseta.

5.^a—*3 ps. d., 1 picot. (que se ejecuta haciendo cinco puntos sencillos y uno en el primero que resulte de los cinco, con lo que resulta una sortijita), 3 ps. d., 1 picot, 5 ps. d., 1 picot, 3 ps. d., 1 picot, 3 ps. d., y se repite lo mismo en cada feston, dejando terminada la rosa del centro.

Desde esta se hace una cadeneta de 19 ps., volviendo sobre los cuatro últimos que forman ya la primera barra de la roseta pequeña: para ésta se hacen en redondo 5 bar., separadas por cinco puntos sencillos, con un picot en el centro, y reunidas todas del pie en el último punto de los 19.

Explicadas estas dos rosas, se comprende que del mismo modo se pasa á las otras, alternando siempre una roseta tupida con una calada: terminadas las cadenetas rectas que unen las rosas, faltan las diagonales, y para éstas, partiendo de una roseta pequeña, se hacen 7 ps. d., 1 bar. en la roseta tupida mas cercana, y otra en la contraria, lo que sirve para sujetarlas por los picos, siguiendo con otros 7 ps. á la otra roseta pequeña. El feston se ejecuta haciendo de puntos sencillos las presillas largas y cortas, como marca el dibujo, y sobre ellas una hilera de puntos dobles, con un picot cada tres puntos.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicación del Figurin, núm. 844.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—Vestido de gasé blanco y gasé rosa, adornado con cordones y borlas de oro.

Falda de gasé blanco con tres órdenes de rizado rosa con bullones blancos entre los dos mas altos, y un volantino encañonado al pié del primero.

Cuerpo-túnica *peplum* de gró ó raso, color rosa, escotada, y abierta por ambos costados, terminando en grandes puntas, cerrando las aberturas onduladas lazos de cordón con borlas de oro; dos órdenes de cordón la adornan alrededor, y un feston del mismo orilla el escote, repitiéndose otro lazo sobre la manga blanca, corta y de bullón.

Peinado de bandós y moña entrelazados con cordones de perlas, cinta de terciopelo rosa con caídas, y pluma blanca.

FIG. 2.^a TRAJE DE VISITA.—Vestido-sotana de raso negro, corto de adelante, muy largo por detrás, y adornado

sencillamente de una trenza de raso, color de pensamiento, que cruza por la espalda en berta, baja por delante al talle, y se continúa en tres grandes lazadas por detrás mas bajas del talle, sujetando al coserlas los dos pliegues interiores que forma la sotana.

Sombrero *Wateau* de fondo de terciopelo negro rodeado de cinta de raso, color de pensamiento, y ala de terciopelo, ribeteada de raso; bridas de terciopelo negro.

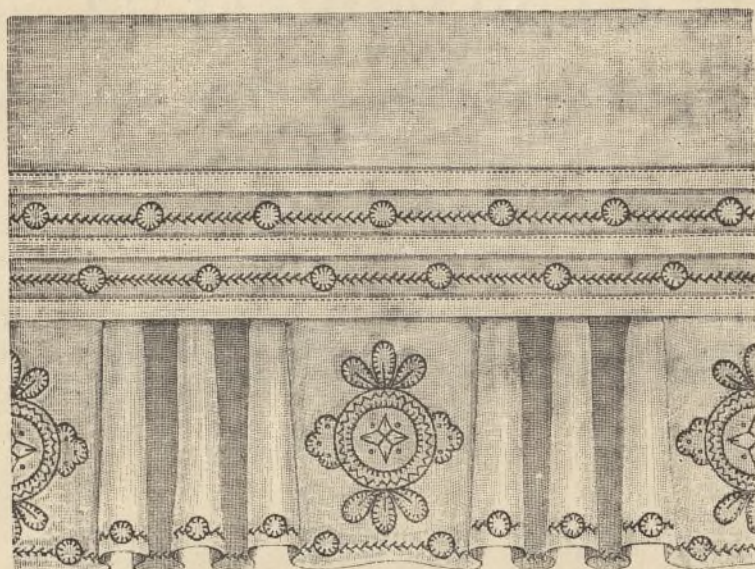
AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

1



2

